

¿QUÉ DEBE DE HACER UNA HERMANDAD QUE QUIERA INICIAR UN TRABAJO DE SOLIDARIDAD CON LOS MÁS POBRES?

La iniciativa de un compromiso solidario y caritativo desde una hermandad puede surgir ante una necesidad concreta que nos conmueve: un desastre en algún país empobrecido, la situación de familias con cargas de enfermos o discapacitados, la situación de menores de familias desestructuradas, etc. También puede suscitarse desde la propia dinámica de la fe que nos incita a abandonar nuestra comodidad y a buscar formas nuevas de solidaridad con los más pobres. Las dos inquietudes son profundamente cristianas.

Lo primero que hay que hacer es contar con un grupo, pequeño o grande, de personas dispuestas a ayudar verdaderamente a los más pobres. **Ese grupo debe reunirse**, compartir sus inquietudes, rezar juntos, animarse a iniciar un camino de evangelio. Jesús en el evangelio de Juan, inmediatamente después de que se sintiera lleno del Espíritu en el Bautismo, comienza a reunir a sus discípulos.

Lo segundo que debe de hacer es **no precipitarse en qué acción va a realizar** porque se pueden comenzar acciones inadecuadas que frustren al grupo y que no ayuden a los más pobres. Por ejemplo se pueden recoger medicinas con mucho esfuerzo y después no saber dónde enviarlas, hace algunos años que la Organización Mundial de la Salud no aconseja enviar a países empobrecidos medicinas de “segunda mano”. O se puede organizar un salón con mesas de juegos para unos niños que nunca van a entrar en él, por las razones que sean.

Por eso lo tercero que hay que hacer es **conocer la realidad de las personas a las que se quiere ayudar**. Un análisis de la realidad que debe ser experiencial y concreto, tenemos que conocer de primera mano las personas a quienes queremos ayudar. Un conocimiento que ha de ser respetuoso y de amistad. Si las personas a las que queremos ayudar están lejos buscaremos un misionero que nos hable desde la cercanía de los sufrimientos y problemas de las gentes de su pueblo. *En cuanto conocemos una persona necesitada ya podemos empezar a ayudarlo, pero sabiendo que esa ayuda necesitará perfeccionarse, que es sólo el comienzo de un camino de años.*

Ese conocimiento ha de ser lúcido y de visión amplia. Puede ser que una familia nos pida que le paguemos la factura de la luz mes tras mes, y lo que necesita es que el hijo de 16 años que ya no va al colegio encuentre un trabajo. Puede ser que hagamos un desfile de modelos para sacar dinero para los niños del Tercer Mundo y la ropa que estamos ayudando a vender esté hecha con el trabajo esclavo de esos mismos niños. Por ello hay que formarse. **Una forma de ayudar a los pobres es aprender a ayudarlos**. ¿De qué le sirve a un enfermo de úlcera gástrica que le demos aspirinas para el dolor? Para ayudar sinceramente hay que preocuparse siempre por formarse.

Para esta formación necesitaremos coordinarnos con quien más experiencia tenga en el ámbito en el que nos hemos iniciado. Un cristiano que quiere ayudar “él

sólo” lo que busca es “sólo su protagonismo”. **Es muy necesario coordinarnos, especialmente en la institución que la Iglesia nos ofrece como cauce de nuestra solidaridad: Cáritas.**

Cuando estemos en ese aprendizaje de solidaridad ya elaboraremos proyectos para sacar a los más pobres del sufrimiento y la deshumanización. No debemos olvidar nunca que no sólo de pan vive el hombre; todos necesitamos que se nos trate como personas. La verdadera ayuda hace que **los pobres sean protagonistas de su desarrollo, de su propia vida**; no los trata como objetos de nuestra bondad, sino como hijos de Dios que con su vida y su generosidad transforman nuestro corazón y la sociedad entera. *Un proyecto pensado y meditado de ayuda a los más pobres es instrumento que necesitamos para encauzar verdaderamente nuestra solidaridad cristiana.*

Pero todo en la vida puede entrar en la rutina. Las inquietudes que nos llevaron a ayudar a las persona pueden diluirse en los problemas burocráticos, en la sensación de fracaso, en nuestro afán de protagonismo. La oración y la reflexión cristiana en grupo no pueden faltarnos nunca. Este proceso ha de ser acompañado y culminar, por tanto, con **una mirada religiosa a la realidad de los más pobres, en la que descubrimos la presencia salvadora y liberadora de Cristo**. Él está en el que pasa hambre, en el que pasa sed, en el que está encarcelado, en el que está enfermo, en el inmigrante pobre. Esa mirada contemplativa hace que los más enriquecidos de nuestro trabajo solidario seamos nosotros mismos.

La caridad con los más pobres siempre estará presente en nuestra vida cristiana si es auténtica. Por eso quien siente la inquietud de entregarse a los más pobres que busque la forma de dar buen cauce a sus sentimientos de fe.